

Cuando sea grande voy a ser físico =)

Por El Ciudadano Caín

Lo encontraron una tarde de finales de noviembre, cuando el chihuahuero de la señora casera se puso a rasguñar la puerta del departamento siete. De no ser por ese animal impertinente el tipo sería un montón de huesos instalados en una cómoda sepultura de veinte metros cuadrados, y yo tendría menos problemas de los que tengo ahora.

El hombre llevaba muerto dos días cuando el chihuahuero lo olió y quizás se le antojó masticarle los cartílagos. La señora casera despertó temporalmente de su acostumbrado letargo y llamó a la policía. Álvarez y los forenses levantaron el cadáver e hicieron el examen de reconocimiento. Al tercer día, Álvarez me llamó a su oficina y me encargó la investigación.

–Pensábamos que se había infartado –me dijo–, este sujeto estaba más gordo que tú. Ayer revisé los resultados de la autopsia: envenenamiento por arsénico.

–Y no crees que se suicidó...

–¡Al demonio! El tipo ya vivía en una tumba, ¿así quién no hubiera querido suicidarse? Un sofá-cama, un librero, una mesa, dos costales con ropa y una laptop, si descontamos el retrete, la regadera y la parrilla de gas, eso es todo lo que tenía en su casa. El trabajo de reconocimiento más sencillo de mi carrera: en dos minutos volteamos al revés el lugar, estaba limpio: no drogas, no vicios, no armas. Me aburrí como nunca, pero el pinche psiquiatra forense se puso creativo, algo despertó su intuición canina y levantó el acta recomendando investigar.

–Dicen que es un investigador brillante...

–Sí, el muy cabrón. Hoy en la mañana me envió un perfil del fallecido. Después de todo, no era un don nadie; pero eso no implica que no fuera un miserable, sigo creyendo que se suicidó; lo creo, sobre todo, por su profesión.

–¿Que era cuál?

–Escritor –Álvarez sonrió, y se cansó de esperar que yo le imitara.

–Bueno, aquí está el expediente. Ahora vete, tengo mucho trabajo aquí.

Tomé la carpeta y cuando estaba por cerrar la puerta, Álvarez me interrumpió.

–¡Ah, Riquelme!

–¿Sí?

–¡Te va a encantar la casera! –reventó en carcajadas.

Maldito Álvarez. Cerré la puerta y me fui a estudiar el expediente. Como era de esperar, el imbécil de Álvarez omitió decirme detalles importantes. En efecto, Blas Costello

–el muerto– había sido escritor. El cliché relaciona a los escritores (poetas, novelistas, literatos) con la bohemia y a ésta con la vida miserable, por eso el idiota de Álvarez, que de seguro no leyó más de dos líneas del expediente, imaginó a Costello al borde del suicidio. En realidad, Costello había sido un tipo particular de escritor. Había sido un autor de libros de texto de educación básica.

Dediqué el resto de la mañana a investigar en la web sobre este negocio del que poco sabía. Cada año, la Secretaría de Educación distribuye por todo el país cientos de miles de libros de texto para los niños que estudian la primaria y la secundaria. Esto es bien sabido, porque siendo la educación una preocupación permanente en los padres de familia, los discursos políticos siempre se ocupan de mostrarse preocupados por estos asuntos: “Los libros de texto seguirán siendo gratuitos”, “La calidad de los libros de texto se someterá a riguroso escrutinio”, cosas por el estilo.

Menos conocido es que detrás hay un negocio multimillonario. Si bien cada cierto tiempo la Secretaría de Educación somete a licitación pública los libros de texto, solo unas cuantas editoriales envían sus propuestas, y únicamente dos o tres editoriales dominan el mercado. Imaginé las negociaciones que podrían tener lugar en un país tan corrupto como este, pero recapacité: me estaba desviando de mi objetivo.

Como fuese, Costello tenía una respetable carrera. Según su CV, tenía estudios de posgrado y un par de libros de Ciencias por los que recibía regalías (el expediente incluía estados de cuenta bancaria y declaraciones de impuestos). Su cuenta bancaria ponía a una hermana suya, que vivía en el norte del país, como titular beneficiaria.

Fui a comer y me puse a pensar en esa profesión: autor de libros de texto de educación básica. Cuando yo estudiaba la secundaria había que pagar por los libros de texto. Recuerdo que mi viejo decidió que él no podía cubrir ese gasto, y yo tuve que arreglármelas sin libros. Me gustaban las ciencias y la historia...

Miré mi reflejo en el ventanal de la fonda (estoy subiendo de peso) y me pregunté si estaría dedicándome a otra cosa, de haber tenido esos libros. Hice a un lado el plato de sopa vacío y mis reflexiones personales. Por la tarde visité el departamento de Costello, me recibió la señora casera.

–Nunca nos dijo nada, el saludo casual nomás. ¿Ya averiguaron por qué se suicidó? Habrá sido por una mujer, seguro. Siempre es por líos de faldas, ¿verdad...?

La mujer no paraba de hablar. Tardó una eternidad en subir las escaleras y mostrarme el departamento siete.

–Dios bendito le dé el descanso, ¿pero a mí quién me pagará la renta? Mire: el cuarto, como lo dejó el difunto. Tendré que vender sus cosas para cubrir la renta, ¿verdad?

–Por el momento no, señora: es evidencia. Además, ya se le informó a la hermana del señor Costello y llegará esta noche a la ciudad. Arréglese con ella.

–Está bueno. Pero ándele, pásele. Pásele de ladito, está usted regordo.

-Gracias..., señora. Necesito revisar a solas el lugar.

Todavía me amargó la existencia un rato más, luego la ignoré y al fin se largó. Álvarez se había llevado la laptop para analizar los archivos. Había poco que ver en el departamento, pero estaba lo que buscaba: los dos libros de Costello. Había dos ejemplares del libro de Ciencias 2 y tres de Ciencias 3. Me senté a examinarlos. Estaban limpios, excepto los dos de Ciencias 2. Uno tenía anotaciones de Costello y el otro, maltratado por el uso, tenía anotaciones (y los ejercicios resueltos) con letra infantil, además tenía el precio de una librería de viejo. Me llevé los ejemplares a casa.

Me fui a dormir hasta la madrugada. Me desvelé ¡leyendo! Yo, que nunca entendí ni una palabra de física, había devorado páginas y páginas en unas horas, y hasta había realizado un par de experimentos sencillos. Álvarez es un imbécil, un hombre capaz de transmitir el gozo de pensar y descubrir no puede ser un fracasado.

Pero no tenía muchas pistas. Costello no frecuentaba amigos y nadie lo visitaba. Los analistas de datos solo nos remitieron retazos de ensayos y artículos de divulgación, un nuevo contrato para la reedición del libro de Ciencias 2 y algunos e-mails que solo revelaban que Costello estaba trabajando duro para sacar adelante a su familia. Leí el contrato. Me sorprendió lo agresivo de las cláusulas, su voracidad y lo injusto de la retribución. Decidí concertar una cita con el editor. Cuando le llamé y le expuse qué trataba investigando, preferió verme fuera de la editorial. Almorzamos al día siguiente.

-Era uno de nuestros mejores autores -me dijo el editor-. Creativo, responsable. Llevo catorce años editando y nunca autor tan preocupado por lo que ponía en cada libro.

-Lo leí -dije yo-. Hasta divertido me pareció. No como cliché, aquello de que la ciencia es divertida y por eso hay que estudiarla. No: gracioso, bromista.

-Así es. En la sociedad en general, el libro (casi cualquier libro) goza de prestigio: es una tradición occidental. Pero en el mundo académico no es así. El investigador académico minimiza el valor del libro de texto, incluso los investigadores educativos (aquí tenemos algunos de ellos como autores) ponen poco de sí en sus libros. Costello ponía todo: su ciencia, cultura y sensibilidad. El libro de texto amerita un delicado equilibrio, el autor debe pensar en un público muy heterogéneo: el niño en la ciudad que dispone de internet para hacer su tarea y aquel otro que vive aislado en la sierra y no tiene otros libros más que los gratuitos. Aislado de veras, eh. Hay lugares en donde los libros los entrega el camión de refrescos, que se aventura a donde nadie más lo hace...

-¿Eran exitosos los libros de Costello?

-Mucho. Casi distribuimos un millón de ejemplares cada dos años. Son dos de nuestros mejores libros.

Habíamos terminado de almorzar. Le di un trago largo al café antes de preguntar:

-¿Por qué les pagan tan poco a los autores? Según el contrato de Costello, recibía un porcentaje mínimo de las ganancias.

-Es un negocio: los empresarios no toleran un centavo fuera de su bolsa...

-¿O sea que no hay preocupación real por la educación?

-Es triste, pero no es la prioridad. En la editorial se diría que un libro es bueno en primer lugar por el marketing, la fuerza de ventas, el atractivo diseño..., en último lugar por su contenido.

-Las cláusulas del contrato de Costello son muy agresivas. Le imposibilitaban incluso trabajar para otras editoriales o realizar otros materiales educativos... incluso abren la posibilidad de incautarle sus derechos de autor.

El editor se incomodó, como si estuviéramos entrando en terreno fangoso.

-Son nuevas políticas de la empresa, de protección de los inversionistas...

-Pero son términos injustos. ¿Qué opinaba Costello de esto?

El editor se tomó su tiempo para responder.

-Naturalmente, no estaba de acuerdo. Llevaba diez meses negociando el cambio de las cláusulas. Era un buen muchacho. Solo faltaba él por firmar los nuevos contratos.

El editor volvió al trabajo y yo regresé casa. Quince millones. ¡Casi quince millones de pesos anuales, y Costello recibía apenas unas migajas! Lo querían sacar del juego, querían explotar los libros a su antojo... ¿Habrían asesinado por ello?

Esa tarde hablé con la hermana de Costello. Me habló de la dedicación y decepción de su hermano. Antes de irme, me dijo:

-Era muy sensible. Sus libros eran su vida. Yo creo que se murió de pura tristeza por no ver valorado su trabajo.

Álvarez me llamó a primera hora del día siguiente. Me dijo que el caso estaba cerrado y ya no eran necesarios mis servicios, que su secretaria pondría al corriente mis honorarios. Ante mi sorpresa, solo se deshizo en maldiciones. Llamé al editor y éste se negó a hablar conmigo otra vez, me sugirió que hablara con el gerente. El caso se hizo polvo entre mis manos.

Costello suicidado, no me cuadra. Costello asesinado por arrebatarse sus derechos de autor, me espanta. No dejo de pensar en el importante trabajo que hacía y que ahora le hará falta a muchos niños. Tengo que resolver esto, me digo cada que leo el libro de Costello. Hay algo que me hace pensar que *debo* resolverlo: En el capítulo que describe el origen del universo, en un claro del margen, un niño escribió con letra presurosa: "Cuando sea grande voy a ser físico =)".